

Hasta el día del Juicio

Rafael Belmonte Agüera

Todo podría suceder cuando llegue el *final de los tiempos*. O eso nos han estado contando. Muchos se han tragado lo que algunos denominan como una “milonga”. Otros, llegarán al final asustados, desorientados, aunque de todo habrá... *Hasta el día del Juicio* es la imaginaria muestra de la vida de una familia cualquiera durante ese *tiempo*.

ESCENARIO:

Salón comedor en la planta baja de un chalé. Al fondo, una amplia cristalera con una puerta de entrada. A través de la cristalera se ve un porche y parte de un jardín: plantas, césped... En primer término, del lateral derecho, hay una escalera que conduce a las habitaciones de la planta superior; después, una puerta que da a una cocina. En el lateral izquierdo (lo vemos todo desde el espectador) una puerta a continuación que da a un baño, y otra seguidamente que comunica con una habitación. Está decorado con mesas, sillas, sofás..., lo “normal” de cualquier casa impersonal de clase media. Hay un teléfono fijo en una mesa.

PERSONAJES:

SEVERO MARTÍN. -

Marido de ÁGATA. 55 años.

ÁGATA. -

50 años.

EL HOMBRE DEL JARDÍN. -

Anciano, de edad indefinida.

AZUCENA. -

Hija de los dos primeros. 26 años.

LAURA. -

La hija pequeña. 18 años.

ANDRÉS. -

Novio de LAURA. Sobrepasa los 20.

SERGIO BRUBONYE. -

Jefe de MARTÍN. 65 o 70 años.

GRIS. -

La acompañante de BRUBONYE. Unos 30 años.

ACTO I

La escena está vacía durante unos segundos. Al poco, vemos venir precipitadamente a SEVERO por el fondo, por el jardín, en dirección a la casa. Entra y cierra rápidamente la puerta. Todo está en orden y más o menos limpio.

SEVERO: *(Mirando a través de la cristalera, pero dirigiendo la voz al lateral derecho)*

¡Ágata! ¡Ágata!

ÁGATA: *(Sale de la cocina con varios platos con comida)* ¡Qué temprano has llegado hoy! ¿Ya te has enterado...?

SEVERO: *(La corta. Con intención)* Demasiado temprano, ¿verdad? He llegado muy pronto...

ÁGATA: ¿Demasiado...? No sé. Temprano.

SEVERO: *(Muy afectado)* ¡Qué sangre fría la tuya!

ÁGATA: Para llevar un par de platos no se necesita tenerla mucho más caliente.

SEVERO: *(Grita, amenazante)* Ágata, no empieces, ¿eh?

ÁGATA tira uno de los platos con comida. SEVERO, indiferente, sigue mirando con atención a través de los cristales.

SEVERO: ¿Por qué dejas caer los platos?

ÁGATA: *(Falsa)* Es que me has asustado, Severo. Y se me ha ocurrido dejarlos caer. Tenemos más, no te preocupes. *(Preocupada)* Y quién sabe en qué y... cómo... tendremos que comer de ahora en adelante...

Despacio, recoge del suelo la comida, la limpia superficialmente y vuelve a colocarla en los platos cuidadosamente. Después los pone sobre la mesa en la que ya había dispuesto un mantel individual y cubierto.

SEVERO: *(Sin escucharla. Observando a través de la ventana)* Lo teníais bien planeado, ¿no? Si yo no hubiera llegado antes de lo que tú calculabas, todo te hubiera quedado en la más absoluta impunidad. Como has hecho siempre que...

ÁGATA: *(Acariciándolo)* Severo, esto es increíble. *(Duda)* Eso te pasa, ¿no? Estás así porque ya sabes...

SEVERO: *(La aparta)* No me toques. ¿Y encima me preguntas...? Sangre fría, Ágata. Te dije: haz lo que quieras, y era un decir, mientras que aquí no lo traigas... Que yo no lo vea.

ÁGATA: *(Mirando también a través del cristal)* ¿Ya lo has... visto?

SEVERO: ¿Verlo? Si está igual que en un escaparate. Si lo tienes ahí expuesto *(señala a través de la cristalera)*, para que lo vea bien todo el vecindario. Y no has ido a escoger precisamente a un jovencito. Te van mayorcitos...

ÁGATA: *(De mala gana, esboza una sonrisa)* Ah. Oh, ¿te has pensado que yo...? Que él...

SEVERO: ¿Te crees que soy estúpido?

ÁGATA: Un poco, sí.

SEVERO: ¡Ágata!

ÁGATA: Es un anciano. No es lo que piensas. Ojalá, y hubiera roto nuestro pacto. Y tuviera que estar ahora mismo dándote explicaciones. Si fuera eso..., hasta me sentiría feliz.

SEVERO: *(La zarandea, furioso)* Ya no te aguanto más. Y a tus acertijos, menos.

ÁGATA: Suéltame. Dejarás de hacerlo. Y muy pronto.

SEVERO: ¿Qué intentas decir?

ÁGATA: Fíjate, no es hoy un día como para reírse, y en cambio estaba riéndome hace un momento.

SEVERO: Te hará gracia.

ÁGATA: Ninguna, Severo, ninguna gracia.

SEVERO: ¿Porque te sientes... descubierta?

ÁGATA: Porque me siento defraudada.

SEVERO: Estupendo. Acojonante. Ya está bien, Ágata. Llego a mi casa una hora antes de lo que acostumbro, rodeo a un individuo de dos metros que está en bañador en mi jardín tumbado en el césped, supongo que tostándose al sol, entro en mi casa y mi ... mujer, cuando se sabe descubierta, me dice que se siente defraudada.

ÁGATA: Muy... defraudada.

SEVERO: Me da igual mucho que poco.

ÁGATA: Severo, que te estás equivocando.

SEVERO: ¿Qué vas a inventarte ahora? ¿Algún primo lejano?

ÁGATA: Ojalá fuera verdad eso también. Ojalá y tuviera fuerza para inventarme algo.

SEVERO: No te creería. No has ido a escogerte un buen día para torearne.

ÁGATA: Entonces, no te creerás la verdad tampoco.

SEVERO: Porque te la inventarás complicada.

ÁGATA: No, sin inventar yo nada.

SEVERO: ¡No te estará pagando un alquiler por un trozo de césped!

ÁGATA hace una mueca de desagrado.

La comida esa era para él.

ÁGATA: Es para él, sí.

SEVERO: ¿Le has invitado a comer?

ÁGATA: No, se ha invitado él solo. Y antes de que me lo preguntes, a cenar creo que también.

Pausa.

SEVERO: De acuerdo, de acuerdo. ¡Basta! ¿Cómo lo has conocido?

ÁGATA: Le he conocido hoy.

SEVERO: Pero, ¿dónde?

ÁGATA: Aquí, en casa. Se ha presentado esta mañana.

SEVERO: ¿Aquí? ¿Y le has abierto?

ÁGATA: Tú también le hubieras dejado pasar.

SEVERO: Seguramente. Nada más verle le hubiera dicho: ah, no parece que tenga usted mal aspecto. ¿Nos tuteamos? Pues venga, adelante, refréscate en la ducha, que no está mi marido y yo tengo ganas de pasar un buen rato. Total, mientras se hace la comida...

ÁGATA: No, ha sido mucho más complicado.

SEVERO: ¿Qué pasa? ¿Te ha llevado buena parte de la mañana?

ÁGATA: Pues sí. Comprenderlo... Casi toda la... mañana. Pero ten la seguridad de que tú también le hubieras dedicado toda *tu* mañana. Tú también le hubieras dejado pasar. ¡Qué remedio...!

SEVERO: Ágata, no estoy para...

ÁGATA: En cuanto hubieras oído su voz.

SEVERO: Ágata...

ÁGATA: Sí, Severo. Disfruta de este malentendido. Porque probablemente será la última vivencia que tendrás en este mundo.

SEVERO: ¿Tanto habéis intimado que hasta habéis planeado mi asesinato?

ÁGATA: Si tú supieras, Severo, si tú supieras... Yo, porque he estado... (Se calla)

SEVERO: Pues eso busca mi... mi cabeza: saber, que siempre ayuda al entendimiento. Porque lo que veo yo, no lo comprende ella.

ÁGATA: Tu cabeza va a necesitar algo más que saber.

SEVERO: Semejante individuo para ti sola.

ÁGATA: Si intentas reírte de mí..., apura el rato.

SEVERO: ¿Riéndome, yo? ¡Pero si tengo un cascabel en la garganta! ¿No lo oyes tú? ¿Cómo he de reírme?

ÁGATA: (Grita, convencida) Severo, ese hombre está muerto.

SEVERO: ¿Muerto? ¿Cómo que está muerto? (Como advirtiéndola) Ágata..., seguro que no has...

ÁGATA: (Riendo nerviosamente) Totalmente muerto.

SEVERO: (Incrédulo) ¿Muerto? ¿Pero tú te crees que yo...?

ÁGATA: Muerto, sí.

SEVERO: (Mira hacia el jardín) No me vengas...

ÁGATA: No voy a nada. Hazme caso. Aunque sea esta la última vez. Ahora mismo es como si anduviera de permiso. Un difunto con permiso. ¿Pero no ves lo blanco que está?

SEVERO: Blanco sí está. Y por eso, digo yo, que estará tomando el sol.

ÁGATA: No toma el sol por cambiar el color de su piel, si no para calentar lo que ella encierra. Imagínate, llevaba casi un siglo a la sombra, en... su tumba.

SEVERO: Si te sigo escuchando, me liarás. ¿Queda ron?

ÁGATA: ¿Cuándo has pasado a su lado tenía los ojos abiertos o cerrados?

SEVERO: *(Cansado, por responder algo)* Abiertos. Los tenía abiertos.

ÁGATA: ¿Y te ha mirado?

SEVERO: No, no me ha mirado. Creo que no. Los tenía abiertos, sí, pero no me ha mirado.

ÁGATA: ¿Lo ves? ¿Y es normal eso?

SEVERO: Estaría distraído.

ÁGATA: ¡Distraído! Son así. Así actúan ellos, convéncete Severo. Es así como se quedan los muertos: con los ojos abiertos, como promesas. Así se quedan algunos. Será para ver la cara que ponemos los vivos cuando ellos dan el ay definitivo. Sin mirarnos, nos están viendo. A saber, lo que pensarán de eso que estén viendo.

SEVERO: *(Observa a través del cristal)* Tu muerto mueve los brazos.

ÁGATA: Para cerciorarse de que los tiene. Míralos bien, Severo, dos brazos del siglo pasado.

SEVERO: *(A punto de golpearla)* Ágata, eres...

ÁGATA: Y ahora se pondrá en pie. ¡Pobre! Toda la mañana el mismo movimiento.

SEVERO: Ágata...

ÁGATA: Sí, Severo, tenemos un muerto en el jardín. Y sé que te costará admitirlo. Pero es la verdad.

SEVERO: Ágata...

ÁGATA: Sí. Nos lo han... adjudicado.

SEVERO: *(Explota, grita)* Ágata, eres una...

ÁGATA: *(Gritando)* ¡Cállate! *(Saliendo a la cocina)* Luego, cuando sepas la verdad, no vendrás a disculparte.

SEVERO: Eso, llora tú en la cocina mi... confusión. Me siento ridículo solamente de escucharte.

ÁGATA: *(Desde la cocina)* Eres ridículo.

SEVERO: *(Alza la voz, para que lo oiga ÁGATA)* Pues esto se acabó. Esto es el final.

ÁGATA: *(Sale con un vaso en la mano)* Desde luego que sí. El final. *(Bebe)*

SEVERO: *(Con intención, por la bebida)* ¿No la habías dejado?

ÁGATA: Yo a ella, sí. Pero hoy ella sola ha vuelto a mí. Sin que yo la buscara.

SEVERO: *(Se mira el reloj)* No quiero que las chicas te vean beber.

ÁGATA: Ya no importa...

SEVERO: Me importa a mí.

ÁGATA: No me verán... No me verán... Ya no me verán...

SEVERO: Les faltará poco para llegar. Y, como comprenderás, tampoco quiero que vean al... idiota ese. Dile que se vaya.

ÁGATA: *(Riendo nerviosa y sinceramente)* ¿Que se vaya? Te he dicho que ha venido a quedarse.

SEVERO: ¡Ágata!

ÁGATA: No es por mi gusto.

SEVERO: Explícame de una vez...

ÁGATA: *(No lo deja seguir)* Te lo explicará él mismo. Yo no he entendido bien, o no he querido entender ciertos... aspectos.

Se acerca a la cristalera.

¡Eh! ¡Oiga! *(A SEVERO)* No sé ni cómo se llama.

SEVERO: *(Para sí. Explotando) ¡Borracha!*

ÁGATA ha oído a SEVERO llamarla “borracha” y ella le rompe sin contemplaciones una botella de cristal en la cabeza; SEVERO, al recibir el golpe, cae sin sentido al suelo. ÁGATA retira con los pies los trozos de cristal y los pone debajo de una alfombra. El cuello de la botella lo deja rápidamente en un macetero. Da un trago de su vaso. Al momento aparece por la puerta de la cristalera un HOMBRE en bañador. Es el HOMBRE DEL JARDÍN, un anciano inexpresivo, alto y huesudo, desgarrado y de piel blanquecina. Desde el umbral de la puerta, mira a ÁGATA y luego a SEVERO.

ÁGATA: *(Muy nerviosa. Por SEVERO) Se ha caído, pero está bien. (El HOMBRE la observa sin desviar su mirada) Es que se ha tropezado... Y se ha golpeado en... (El HOMBRE la pone más nerviosa con su mirada. Ella misma disimula falsamente) Pero no esté usted así...*

Sale por la primera puerta de la izquierda. El HOMBRE coge del macetero el trozo de botella que abandonó ÁGATA.

(Su voz. Ella ha dejado la puerta abierta y se entrevé un baño) Usted no es muy ancho de espalda. Supongo que esta bata de mi marido le irá bien.

(Entrando) Tenga ... (Se detiene, al ver al HOMBRE sosteniendo el trozo de botella. Ambos se miran. Ella desvía la mirada) Pruébese esta. Si no le va bien, le sacaré la de mi hijo.

Coloca la bata para que el HOMBRE pueda ponérsela. Él le da el vidrio y ÁGATA lo deja en el mismo sitio que antes.

No sé cómo puede estar con este frío ahí fuera; y en bañador. Yo en pleno verano soy incapaz de dormirme si no llevo algo puesto. (Por la bata, una vez puesta) Ah, pues no está mal.

El HOMBRE está inmóvil, observándola. ÁGATA no aguanta su mirada.

Mirándole los pies.

Va usted descalzo. Cogerá frío... *(Mira al HOMBRE un instante; como este no dice nada, ella sale por la puerta del baño y regresa enseguida con unas zapatillas)* El calzado es de mi hijo Enrique. *(Se le quiebra la voz, a punto de llorar)* Enrique es un chico alto, de pies grandes. Le irá bien. Usted también es un muy alto.

ÁGATA le ayuda a ponerse las zapatillas.

No son de su número, pero puede hacer uso de ellas.

El HOMBRE continúa mirándola.

(Ya turbada, casi por hablar de algo) Coma usted. Se le va a enfriar la comida. *(Tocando un plato)* Si ya está fría. Si quiere se la puedo calentar en el microondas. *(Silencio)* Aunque usted no sabrá qué es. Es un horno. Un horno que calienta mucho más rápido que los de antes.

El HOMBRE continúa sin moverse. Sólo la observa.

(Explotando) ¡Está bien! ¡Le he roto la botella en la cabeza! ¡Y qué! *(Bebe)*

El HOMBRE entonces avanza con total naturalidad y se sienta frente a la mesa. Comienza a comer tranquilamente. Sin mirar a ÁGATA, saborea lo que come.

No puedo soportar que alguien me llame borracha. Y menos a él. ¡Estoy harta de que me recuerde lo que no quiero ser! *(Se sirve de otra botella)* Y, además, no soy una borracha. Bebo, sí. Pero tengo medida. Mi medida. No afecta..., no afectaba para nada a nuestras vidas. Mis hijos nunca me han visto bebida. Bueno, una vez. Sí, una vez. El día que él me contó que se había asociado con Brubonye. ¡Maldito Brubonye! ¿Sabe?, mi marido y yo trabajábamos juntos, al

principio. Yo tuve a nuestros dos hijos seguidos, muy seguidos. Me salí del trabajo “hasta que ellos crecieran un poco”, y después volvería todo a ser como antes. Nunca nada es como antes. Nunca nada es... nada. Y un buen día se presenta diciéndome que se asocia con ese canalla de Brubonye, y que todo va a ser para mejorar nuestra situación económica. Estaba en crisis nuestra empresa. Eso me dijo. Eso me decía hacía tiempo. Y el tiburón nos devoró, ¡vaya si nos devoró! Los tiburones yo creo que comen sin hambre. Comen y comen para tener la barriga llena. Siempre llena. Como yo bebo sin sed. Para tener la cabeza distraída. *(Bebe)* ¡La situación económica! ¿Qué es eso? ¿Pero para qué vale el dinero... ahora? *(Mira con recelo al HOMBRE)* Si el tenerlo, por tenerlo..., a mí me ha hecho una desgraciada. Y una ... *(Se corta)* La única condición que impuso “el tiburón” fue la de aportar él su propia gente a nuestra empresa. Gente de su confianza. Y yo, a partir de entonces, ya no volvería a nuestra empresa... nunca. Tendría que limitarme a ver el tiempo pasar. Cuida de nuestros hijos, ya disfrutaremos algún día, me decía Severo. ¿Y para qué traer hijos a este mundo? ¿Para que ahora...? *(Se corta, bebe y mira al HOMBRE)* ¿Usted sabría distinguir alguna verdad entre las falsedades que le he dicho? ¿Puede hacer eso?

El HOMBRE, sin mirarla, se saca de la boca un trocito de papel y lo deja en el filo del plato.

Ah, un trozo de papel. Como ahora viene todo envasado...

El HOMBRE ahora sí la mira.

(Con descaro) O será un trozo de papel que se le ha pegado del suelo, cuando se ha caído... *(rectifica)* cuando he tirado la comida.

Sale a la cocina y regresa con una jarra llena de agua. Sirve al HOMBRE, con mano temblorosa, y este bebe.

¿Quiere más?

SEVERO se levanta. El HOMBRE se vuelve hacia él. SEVERO mira a ambos. Se lleva una mano a la cabeza con gesto de dolor, cuando la retira tiene sangre. Sale lentamente al baño. El HOMBRE mira a ÁGATA, se levanta y va detrás de SEVERO. Ambos se meten en el baño.

(ÁGATA Apura su vaso. Su mirada, ausente, de ojos vidriosos, transmite un profundo horror. Casi sin voz) ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Esta es una respuesta? ¿Qué será de mis hijos? Aunque a lo mejor ellos son la excusa que ahora me pongo para querer seguir. Ahora que ya no podré hacerlo. Siempre se quiere andar cuando se tienen quebradas las piernas. Ya no podré estar con ellos... Por... ellos. ¿Y seguir, hacia dónde? Y ahora que estaba consiguiendo ilusionarme con poder ser abuela ... ¡Y he tenido tanta suerte! Demasiada, y no he sabido sacarle el jugo. Me ha sobrado tanta vida que no he vivido. (Mira su vaso vacío) Dicen que soy una borracha. Por eso me tienen. Todos me tienen por una borracha. Mi familia, su familia, el vecindario..., todos. Pero yo sé que no soy una borracha. No, no lo soy. Bebo, pero no me escondo para hacerlo. Y bebida, barro; y bebida, friego; y bebida, hago la comida y lavo platos y canto y lloro y ahorro y no busco a alguien que me ayude en la casa porque tenemos ... (Rompe a llorar. Rectifica) Porque teníamos que guardar para que los chicos pudieran estudiar una carrera. Y todo lo habré hecho bebida. Pero nunca borracha. ¿Borracha?, nunca. Y bebida y todo también tengo miedo. Miedo... (Mira hacia la habitación en la que se han metido los dos hombres) (Resbala

lentamente de la silla y cae sentada en el suelo) Tengo... tanto miedo... Tengo mucho miedo.

SEVERO sale del baño precipitadamente. El HOMBRE se queda de pie en el umbral.

SEVERO: *(Aterrado, mirando de cuando en cuando al HOMBRE, se arrodilla junto a ÁGATA)* Ágata, yo no sabía...

ÁGATA: ¿De verdad que no?

SEVERO: Nada, absolutamente.

ÁGATA: *(Por el HOMBRE)* ¿Te lo ha explicado... todo?

SEVERO: De principio a final.

ÁGATA: Cuando has llegado, yo no sabía por dónde empezar a contarte. Y él me ha prohibido...

SEVERO: A mí también. Y yo tampoco hubiera sabido cómo decirte...

Pausa.

Atemorizados, miran al HOMBRE.

ÁGATA: Y... ¿te ha demostrado...?

SEVERO: *(Pensativo, horrorizado)* Sí.

ÁGATA: Y dime: ¿qué piensas? ¿Tienes... miedo?

SEVERO: ¿No me ves? Mucho, claro.

De nuevo, observan al HOMBRE. Este no se mueve del umbral de la puerta del baño. Silencio.

ÁGATA: Y... ¿qué vamos a hacer?

SEVERO: No podemos hacer nada.

ÁGATA: ¿No te he preguntado qué “podemos” hacer, si no qué “vamos” a hacer?

SEVERO: Desengáñate, esto nos desborda.

ÁGATA: Sí, nos desborda.

SEVERO: Sólo podemos esperar.

ÁGATA: *(Ausente)* Esperar...

Pausa.

(Levantándose, se dirige hacia el HOMBRE) Oiga...

SEVERO: *(Horrorizado)* ¡Ágata, ven aquí!

ÁGATA: *(Sin querer oírlo. Al HOMBRE)* Escúcheme, por favor.

SEVERO: ¡Ágata!

ÁGATA: *(Cerca ya del HOMBRE, quien permanece inmutable en el umbral de la puerta del baño)* Mire, nosotros tenemos hijos. Usted ya sabrá... Dos chicas y un chico. Y las niñas..., las chicas, estarán al llegar. Quisiera que me diera la oportunidad de explicarles yo misma... Ellas no han hecho nada. Son jóvenes. Usted también habrá sido joven... alguna vez, aunque haga ya de eso mucho tiempo, y...

SEVERO: Él no puede hacer nada. Ya se lo he pedido yo.

ÁGATA: Ellas no tienen culpa de que les haya tocado vivir esta circunstancia... Se lo suplico.

SEVERO: *(Alza la voz)* ¡Te digo que se lo dicho yo y me ha contestado que ha de hacerlo él! No supliques, Ágata.

ÁGATA: ¿Que no suplique? ¿Por qué? Estoy pidiendo para mis hijos un poco de clemencia.

SEVERO: Será inútil.

ÁGATA: ¿Tú lo has intentado?

SEVERO: *(De mala gana)* Sí, lo he intentado.

El HOMBRE mira a SEVERO. Esta mira hacia otro lado.

ÁGATA: Mentira. *(Mira al HOMBRE. Este sigue como siempre)* Estoy segura de que eso es mentira. Tú jamás has pedido nada para tus hijos. Y menos que nada perdón. No has tenido tiempo, y aunque lo hubieras tenido te habría faltado valor para hacerlo. No es tu carácter. Tú no piensas así. Cada cual tiene lo que se busca. Eso has pregonado constantemente.

SEVERO: Era una forma de hablar, mujer.

ÁGATA: No, es tu forma de pensar. Es eso. Por encima de todo, la justicia. ¿O no? ¿Y qué justicia? ¿La tuya? ¿La mía? ¿Y en qué momento? ¿O... la que han escrito entre unos pocos en unos cuantos libros muy gruesos tras los que todos nos parapetamos?

SEVERO: ¿Qué estás diciendo?

ÁGATA: Tonterías.

SEVERO: Ya te oigo.

ÁGATA: Pues ahora te va a tocar a ti defenderte. *(Mira al HOMBRE. Se sirve en un vaso y bebe. Nerviosa, tartamudea)* ¿Te acordarás de cómo ha de actuar una persona? ¿Cómo lo harás? Tú también has hecho trampa.

SEVERO: Pues claro que he hecho trampa. ¿Y quién no?

ÁGATA: Y siempre para beneficiarte.

SEVERO: Beneficiarnos. A ti también te afecta. Y nunca te había oído quejarte por tener más. Y, además, ¿iba a hacer trampa para perjudicarme?

ÁGATA: Pero has perjudicado a otros, y a propósito.

SEVERO: ¿A propósito?

ÁGATA: *(Temblorosa)* Empezamos juntos la empresa, no lo olvides. Sé todos tus pasos.

SEVERO: *(Se levanta, alterado)* ¿Y cómo habiéríamos conseguido lo que tenemos?

ÁGATA: ¡Para lo que nos va a servir! ¿Y qué tenemos? Además de cuatro paredes, cuatro muebles y ningún porvenir, ¿que más tenemos? ¿Y qué hemos hecho?

SEVERO: Cálmate, Ágata.

ÁGATA: *(Al HOMBRE DEL JARDÍN)* Pero ¿por qué ahora?

El HOMBRE no mueve un músculo.

(A SEVERO) Pregúntaselo tú.

SEVERO: *(Tras dudarlo)* No puedo.

ÁGATA: ¡Hazlo!

SEVERO: No. Sabes que no nos va a contestar. No, de ninguna manera. No quieras meterme en ese túnel oscuro por el que tú te mueves. A ti siempre te ha gustado la oscuridad. Te has movido en ella. Y a mí... me gustan los espacios abiertos.

ÁGATA: No es mi túnel. No es un túnel. No es una elección. Nos lo imponen.

(Mira al HOMBRE)

SEVERO: Nosotros no nos hemos buscado...

ÁGATA: *(Por el HOMBRE)* Él dice que sí. Que nos lo hemos buscado.

SEVERO: Él no dice nada, ni que sí ni que no. Lo peor es su silencio. Lo que ha dicho es que esto ya sabíamos que podría suceder. Que hemos podido jugar a vivir, con ventaja, y no hemos querido. Eso es lo que dice. No te inventes cosas. Habrá alguna solución. Ya verás.

ÁGATA: Idiota.

Cuando SEVERO se dispone a responderle a ÁGATA, suena el teléfono.

Él mismo descuelga el auricular.

SEVERO: *(Al teléfono)* Diga... Ah, *(en guardia y temeroso, mira ÁGATA)* diga, diga, señor Brubonye... *(ÁGATA también se estremece. SEVERO mira al HOMBRE. Este da un paso y se detiene. Observa sin expresión, como siempre, a SEVERO)* Sí..., también, un hombre... No..., es ya un poco mayor. *(Escucha)* Ah, usted una mujer. *(Sonríe de mala gana)* ¡Y joven! No podía ser de otra forma... Claro está.

ÁGATA: *(Que sigue atenta la conversación)* Es todo tan natural...

SEVERO: *(Al teléfono)* ¿Hablar?... sí. Dígame... *(Escucha. Extrañado)* ¿Aquí? ¿Cuándo? *(El HOMBRE avanza otro paso. SEVERO mira al HOMBRE)* Pero si nos han recomendado... *(Escucha)* De acuerdo. Lo que usted prefiera. *(Cuelga)*

ÁGATA: ¿Qué te ha dicho?

SEVERO: Que vendrá. Que tenemos que hablar.

ÁGATA: *(Exaltada)* ¿Venir? No me gusta. No me gusta. Sabes que ese hombre tiene... prohibida su entrada en esta casa.

SEVERO: Y eso que estamos en una situación...

ÁGATA: *(Mira al HOMBRE)* Además, ¿cómo hará para esquivar...?

El HOMBRE avanza lentamente y se sienta frente a la mesa, en la silla en la cual estuvo comiendo.

SEVERO: *(Nervioso)* No lo sé. No lo sé. Ya sabes cómo es. Brubonye se las arreglará para conseguir lo que quiera.

ÁGATA: *(Por lo bajo. Pensativa, con rabia)* Seguro. Eso seguro, no lo pongo en duda.

A través de la amplia cristalera vemos a las dos hijas, AZUCENA y LAURA, y al novio de esta última, ANDRÉS, caminar por el jardín avanzando hacia la casa.

SEVERO, ÁGATA y el HOMBRE dirigen su mirada hacia los jóvenes.

LAURA: *(Entrando. A su hermana)* ¿Y tú qué le respondiste?

AZUCENA: *(Desde la puerta de cristal)* Fui muy breve. Le dije: seré igual de sincera que tú; si sólo vas a estar aquí seis meses, no quiero hacerte sufrir. ¿Y si te enamoras de mí en ese tiempo? Búscate a una que vaya de paso, como tú. ¡Quién sabe si cuando termine el plazo podríais seguir el mismo camino juntos!

Los tres chicos ríen. Entran en el comedor. ANDRÉS cierra la puerta.

LAURA: ¡Hola! *(Besa a su padre)* ¿Ya estás aquí?

SEVERO: Sí, hemos... terminado antes.

AZUCENA: *(A su madre)* ¿Ya está preparada la comida?

ÁGATA: ¿Eh?

AZUCENA: Mamá, la comida. Que si has hecho algo para comer o no.

Quedamos que harías la comida.

ÁGATA: *(Aturdida)* Sí. *(Rectifica)* No. Todavía no.

LAURA: Es igual. Mejor. Así haremos algo más especial todavía. *(A su padre)*

Andrés va a quedarse a comer.

SEVERO: *(Mirando a ANDRÉS, que se ha quedado en la puerta)* ¿Cómo?

ANDRÉS: Buenos días. Todavía no les había dicho nada.

LAURA, por gestos, pregunta a su madre quién es el HOMBRE que está sentado a la mesa.

ÁGATA: *(Sin responderle, desvía la mirada. Se sirve en un vaso y da un trago)*

SEVERO: Pero... hoy no puedes quedarte a comer. Lo siento, Andrés.

AZUCENA: *(Recoge los platos que ha usado el HOMBRE DEL JARDÍN.*

Ambos se miran un instante)

LAURA: ¿Por qué no puede?

SEVERO: Pues...

LAURA: *(Busca con la mirada la complicidad de su hermana)* Le hemos invitado.

ÁGATA: Hoy, ni... No será posible. Podría quedarse la comida en los platos. Y las ollas por fregar. No, hoy no es precisamente ese día especial que nosotras estábamos esperando.

SEVERO: *(Con rabia)* Ágata.

ÁGATA se interrumpe. SEVERO se acerca a ella, le arrebató el vaso de las manos y vacía el contenido en una maceta. Las dos hermanas se miran convencidas de que están hablando de la bebida.

Andrés, márchate. Seguro que en tu casa te están esperando con... impaciencia.

LAURA: ¡Papá!

ANDRÉS: *(Mira a LAURA, luego, a SEVERO)* Déjalo, Laura. Lo que usted diga, Martín. Laura, ya...

LAURA: Pero es que está solo. Sus padres se han ido esta mañana a...

SEVERO: Eso es mentira. Es imposible.

ANDRÉS: Que lo dejes estar, Laura. Luego nos vemos.

ÁGATA: Sí, nos veremos todos. Juntos, en el mismo sitio.

AZUCENA: No, Andrés, no te vayas.

ÁGATA: *(Reaccionando)* Azucena...

AZUCENA: *(Sosteniendo la mirada al HOMBRE DEL JARDÍN)* Se queda. No creo que a vuestro invitado le importe. Además, él ya ha comido. Y hasta se habrá... duchado.

LAURA se tambalea. ANDRÉS, que está cerca, es el primero en darse cuenta y corre en su ayuda.

¡Laura!

Entre AZUCENA y ANDRÉS la llevan al sillón. El HOMBRE DEL JARDÍN observa atentamente.

SEVERO: *(A LAURA)* ¿Qué te pasa?

LAURA: No es nada.

SEVERO: Algo será.

AZUCENA: Tranquilo, papá. Verás como se le pasa.

ANDRÉS: *(A LAURA)* Levanta la cabeza. *(Le coloca debajo un cojín)*

SEVERO: *(A ÁGATA, que está aparte, ausente)* ¡Ágata!

ÁGATA: Qué.

SEVERO: Te quedas ahí, con tu hija retorciéndose.

ÁGATA: *(Se llena el vaso)* Tengo sed.

SEVERO: *(Entre dientes)* ¿Por qué no bebes agua, si tienes sed?

ÁGATA: Porque no sabe a nada. *(Bebe)*

SEVERO regresa con LAURA.

AZUCENA: *(A LAURA)* Te traeré agua fresca.

AZUCENA recoge los platos que hay sobre la mesa. El HOMBRE DEL JARDÍN la mira y se levanta cuando ella se dirige hacia la cocina. ÁGATA lo coge de un brazo y le suplica con la mirada que no vaya detrás de su hija. El

HOMBRE mira a ÁGATA un instante y esta lo suelta. El HOMBRE entra en la cocina tras AZUCENA. ÁGATA da un trago de su vaso.

LAURA se levanta apresuradamente, y con una mano en la boca se dirige con rapidez al baño. La sigue ANDRÉS y detrás va SEVERO.

LAURA entra en el baño seguida de ANDRÉS, quien cierra la puerta por dentro.

SEVERO: Abre inmediatamente, Andrés. ¡Andrés! ¡Andrés!

ÁGATA: *(Carcajada prolongada, nerviosa)*

SEVERO: Pero, ¿qué...?

ÁGATA: *(Igual)*

SEVERO: *(Adivinando)* ¿Es lo que sospecho?

ÁGATA: Seguro que sí. Seguro. Todo un adivino.

SEVERO: ¡Tiene dieciocho años!

ÁGATA: Dieciocho..., eso es.

SEVERO: ¿Andrés?

ÁGATA: Muy perspicaz. Andrés, sí.

SEVERO: ¿Y cuándo pensabais decírmelo?

ÁGATA: Hoy. Pensábamos decírtelo hoy. Pero no así.

SEVERO: ¿Hoy?

ÁGATA: Hoy, sí.

SEVERO: Hoy... *(Queda pensativo)*

ÁGATA: *(Ausente)* Si todos los males fueran como el mal de nuestra Laura...

Qué alegría. Esa sí es la enfermedad de la alegría. El vómito de la esperanza...

De la vida. Y ahora, ahora que como dos viejos que somos, habíamos

empezado a reconquistar la vida... Cuánta ilusión destrozada. ¿Cuántas Laura

más habrá? ¿Cuántos Andrés? ¿Cuántos vientres más se quedarán hinchados de... desdicha?

SEVERO: ¡Cállate! Hacía tiempo que lo sabías y callabas. ¿Cuánto?

ÁGATA: ¿Quién es quién para decidir que...?

SEVERO: *(La zarandea)* Que te calles, ¿me oyes? ¡Contéstame!

ÁGATA: ¿Por qué he de callar ahora? *(Ríe estúpidamente. Es un muñeco entre los brazos de SEVERO)* Si puede que sea la última vez que hable. Si hoy sí sé que me están escuchando. ¿Por qué callar?

SEVERO: *(Le da una bofetada)* Cállate, estúpida. Ya no más juegos.

ÁGATA: *(Ríe igual que antes)* ¿No lo ves?, ¿qué mal despertar tienen algunos, después de tantos años de siesta? *(Ríe)*

SEVERO: ¡Te he dicho que te calles! *(Empuja a ÁGATA, la golpea)* ¡Que te calles! Siempre has sido igual de inoportuna.

Entra AZUCENA, que viene de la cocina, y se queda un instante mirándolos. Reacciona con rapidez y coge a su padre por el cuello hasta obligarlo a sentarse en un sillón. El HOMBRE DEL JARDÍN, inexpresivo, se queda en pie en la puerta de la cocina.

AZUCENA: ¡No la toques nunca más!

SEVERO: Me estás ahogando.

ÁGATA: Hija...

AZUCENA: *(Furiosa)* Si hubiera querido ahogarte, lo hubiera hecho ya. Pero no quiero. Sólo quiero que no vuelvas a tocar a mi madre nunca más. Te lo tenía advertido. Ya te lo había advertido. Deberías lamer para limpiarlo el suelo por donde ella tuviera que pasar, y te dedicas a golpearla, a hacerla una

desgraciada. ¿A quién te crees que has de dar las gracias de todo lo que has tenido y lo que tienes?

ÁGATA: ¡Azucena!

SEVERO: ¿Qué quieres decir...?

ÁGATA: Azucena...

AZUCENA: Deberías estar abrazándola. A su lado, no enfrente.

SEVERO: Apesta a alcohol.

AZUCENA: Por lo menos sabemos a lo que huele.

ÁGATA: Hija, hoy no es día para airear... *(Mira al HOMBRE DEL JARDÍN)*

AZUCENA: *(Mira también al HOMBRE)* Al contrario, mamá. Hoy sí es ese día.

SEVERO: *(Tras detener un instante su mirada en el HOMBRE)* ¿Por qué no me habláis claro?

Las dos mujeres desvían la mirada de SEVERO.

Yo no digo, ni lo pienso, que haya sido un padre o un marido como para poner de ejemplo de nadie. Pero he estado al pie del cañón. He criado a mis hijos...

AZUCENA: Criar..., eso. Como si fuéramos animales que hubiera que engordar.

ÁGATA: Deja que hable, Azucena.

SEVERO: Es igual. Si tiene razón.

ÁGATA: *(Tambaleándose, se acerca y acaricia a SEVERO)* Habla. Te lo ruego.

SEVERO: Yo no comprendo... nada. *(Mira al HOMBRE DEL JARDÍN. Luego, a las mujeres)* Nunca he comprendido demasiado bien nada. Nada del... mundo. Y por no comprender, no he emprendido. Para muchos es tan fácil... Ahí está Brubonye... Mira al que tiene enfrente y ya sabe qué cosas pueden ser de su

interés. Esa gente así va regalando palabras, las que a todos nos gusta oír, y ya tienen ganada nuestra confianza. Y emprenden. Y los demás les seguimos. Son los menos, pero cambian el rumbo de nuestras vidas a su conveniencia. Con inteligencia, nos han tenido sometidos siempre. Los demás obedecemos sus reglas, jugamos con sus cartas marcadas, a sabiendas de que vamos a perder, pero jugamos. Jugamos a lo que ellos quieren, cuando quieren. Y perdemos, perdemos siempre. Pero la mayoría nos dejamos llevar. Nos gusta el juego, ese juego, porque somos incapaces de emprender uno por nuestra cuenta. Yo soy de éstos. Nos dejamos arrastrar, pisotear, humillar, pero vivimos a gusto. Quizá porque no necesitamos tanto como ellos, incluso si nos lo proponemos, no necesitamos nada. Estamos enfrente, y tendríamos bastante con que nos dejaran respirar. Yo soy tan poco que me he hecho a la idea de que no necesito nada. Es un engañarse constantemente. Ya no nos mueve ni el hambre, porque de tanto comer lo que a ellos les sobra, seríamos capaces de comernos sus excrementos.

AZUCENA: Tú serías capaz. Habla de ti.

SEVERO: Lo he hecho. He hablado de mí.

AZUCENA: No has hablado tú. Ha hablado tu miedo. (*Mira al HOMBRE*)

SEVERO: ¿Y qué? ¿Tú no tienes?

AZUCENA: (*Clava su mirada en el HOMBRE*) No, no tengo.

ÁGATA: Callaos los dos, por favor. No empecéis. Hoy es un día para que estuviéramos abrazándonos. Un día para que huyéramos de nuestra...

AZUCENA: ¿Por qué hoy? (*Mira al HOMBRE DEL JARDIN*) Si ayer y anteayer y todos los días que hemos ido dejando atrás, inútiles, en silencio, como si

temiéramos a las palabras, hubiéramos gritado nuestras mierdas a la cara, hoy hubiéramos llegado juntos.

SEVERO: Eso decía. Tú eres de los que marcan las cartas.

ÁGATA: Oh, no.

AZUCENA: Sí, porque no tengo miedo. ¿Te has preguntado alguna vez de qué tienes la úlcera? Si hubiera querido, te hubiera matado hace un momento. Pero me gusta verte vivo y sufriendo, como tú le haces a mamá.

ÁGATA se acerca espantada a AZUCENA y le da una bofetada. Después, vuelve con su marido. A AZUCENA se le derrumba todo.

SEVERO, llorando, cae lentamente al suelo. Entran LAURA y ANDRÉS en ese instante.

LAURA: *(Por la bofetada)* ¡Mamá!

El HOMBRE DEL JARDIN, al ver aparecer a LAURA, se pone alerta.

(Se acerca a su hermana)

¿Qué ha pasado? Es por... *(Se roza el vientre)*

AZUCENA: *(Con intención)* No, no todo gira alrededor de la niña guapa.

LAURA aguanta sus lágrimas y sale corriendo escaleras arriba.

ANDRÉS: ¡Laura!

El HOMBRE DEL JARDIN sube despacio tras LAURA. ÁGATA, al verlo, intenta abrazarse a SEVERO, quien no pierde de vista a AZUCENA, pero no deja que ÁGATA lo toque.

(Acercándose al matrimonio. Tras mirar a AZUCENA)

Martín, señor... Yo no pensé..., no sabía que esto les afectaría ... tanto.

AZUCENA: *(Da una carcajada fría, distante)*

ANDRÉS: *(Indeciso, y confuso tras la carcajada de AZUCENA)* Yo... Usted una vez me dijo que Laura era lo que más quería en este mundo y me dijo que... que no la perjudicara. Yo... fue... Ha sido un error... Pero yo respondo de mis errores. Yo... haré lo que usted quiera... Pero no renunciaré a mi hijo por nada. Esa sería mi... condición... Lo demás... Lo que usted quiera hacer...Yo trabajaré, mi padre...

ÁGATA y SEVERO, aterrados, están inmiscuidos en sus propios pensamientos.

AZUCENA suelta otra carcajada. En la escalera, con la cara mudada, aparece LAURA.

LAURA: *(Grita, aterrada)* ¡Papá!

El HOMBRE DEL JARDÍN, su silueta negra, aparece en la escalera, por detrás de LAURA.

(Desde los escalones, sin voz)

Vete, Andrés, vete.

ANDRÉS: ¿Qué estás diciendo?

LAURA: *(Sin saber que está hablando)* Es mejor que te vayas. Si te estarán esperando en tu casa, tiene razón mi padre. Ya... nos veremos.

ANDRÉS, confuso, sale rápidamente por la puerta de cristal y lo vemos desaparecer por el jardín.

LAURA cae sentada en un escalón.

Silencio prolongado durante el cual nadie se mueve. Al cabo de unos segundos, se hace un Oscuro lento.

Y cae el

TELÓN.

ACTO II

Cuando se hace la luz, la sensación de abandono es abrumadora: el suelo está sucio, las mesas y los sillones cargados de platos, desperdicios, ropa, papeles desperdigados... En el jardín han crecido las plantas desmesuradamente, mientras que las plantas de las pocas macetas que hay en el interior de la casa están empezando a secarse...

Unos, más (SEVERO y ÁGATA) y otros, menos (LAURA), los personajes, a excepción del HOMBRE DEL JARDÍN, también han descuidado su aspecto: SEVERO lleva barba de varios días, está despeinado, etc. Las mujeres, con el cabello revuelto, la ropa sucia...

En escena, SEVERO, que duerme sobre una manta bajo el hueco de la escalera, y a su lado, sentada, inexpresiva, mirando al vacío, ÁGATA. Vemos un cuerpo en el porche, de espaldas, sentado en una silla, es el HOMBRE DEL JARDÍN que ahora está vestido (quizá no se aprecie todavía) con un pantalón negro de pana, una camisa blanca de manga larga y unas esparteñas. Nos lo imaginamos inexpresivo, en el porche, mirando hacia la calle.

Está amaneciendo. Sale de la cocina AZUCENA. Va descalza.

Lleva una bandeja con un vaso de agua, dos trozos de pan, uno de queso, un cuchillo y varias pastillas.

ÁGATA: Azucena, hija.

AZUCENA duda al oírla, pero sigue caminando.

(Levantándose) Azucena.

AZUCENA: *(Se detiene. Sin mirarla)* Qué.

ÁGATA: Hace ya varios días que no paras aquí con nosotros.

AZUCENA: ¿Los estás contando?

ÁGATA: Sí, los cuento. ¿Quién no contará ahora hasta los minutos?

AZUCENA: Yo no cuento nada.

ÁGATA: Antes te gustaba que los contara.

AZUCENA: ¿Antes? ¿Cuándo?

ÁGATA: Cuando eras pequeña.

AZUCENA: Ha pasado un siglo desde entonces.

ÁGATA: Cuando eras pequeña y venías tarde por la noche te gustaba que yo...

AZUCENA: No empieces. *(Hace que se va)*

ÁGATA: Espera, no te vayas.

AZUCENA: ¿Qué quieres?

ÁGATA: Hablar.

AZUCENA: *(Mira hacia su padre)* Pues habla con él.

ÁGATA: Con él ya he hablado mucho.

AZUCENA: Pues habla más.

ÁGATA: Con él ya no es hablar, hija, es un decirnos.

AZUCENA: Algo os quedará.

ÁGATA: La mirada, si él quisiera y no quiere. Y los besos. Muy pocas cosas más.

AZUCENA: Yo llegué tarde. Nací tarde. Porque nunca os he visto besaros. Y vuestras miradas eran para reprocharos algo, o para condenarnos a nosotras, nunca he visto que os mirarais cómplices de algo. Y yo me quedaré con mis ganas también. Laura tiene a Andrés.

ÁGATA: Tú me tienes a mí.

AZUCENA: Te tenía. O eso creía.

ÁGATA: No levantes la voz. Yo es contigo con quien quiero hablar. Siéntate.
(Aparta algunos trapos del sillón, se sienta y por gestos le pide a su hija que se coloque a su lado)

AZUCENA: *(Dejando la bandeja sobre la mesa, la cual está llena a su vez de cosas)* Dime. Habla.

ÁGATA: *(Delira, poco a poco)* Escucha: ¿tú cómo crees que será?

AZUCENA: ¿El qué?

ÁGATA: Pues qué va a ser. Lo que estamos esperando.

AZUCENA: *(Levantándose)* ¡Y yo qué sé! ¿Para eso...? Por mí, con que sea rápido...

ÁGATA: *(Con mucho miedo)* Es que yo he visto *(AZUCENA que ya había cogido la bandeja, la suelta al oír a su madre)* cosas raras, bichos, ¿sabes?, subiendo por las paredes.

AZUCENA: *(Con desgana, preocupada)* ¿Que tú has visto...? ¿Cómo son, mamá, los... bichos esos que dices haber visto?

ÁGATA: (*Ensimismada, ausente*) Empiezan por abajo lentamente, por el filo de la pared, Azucena, y la escalan poquito a poquito y llegan al techo. Y allí susurran entre ellos. Colgados del techo nos espían por las noches. Y al amanecer, hablan entre ellos de... nosotros.

AZUCENA: (*Observando a su madre*) ¿Qué hablan? No estás bien, mamá. No quieres darte cuenta de que te está afectando seriamente la...

ÁGATA: Ssssh... No se pueden pronunciar nombres. Ningún nombre. No debes pronunciar su nombre. No se debe.

AZUCENA: Ya.

Pausa.

ÁGATA: Por eso yo no duermo desde que tú te fuiste. Tengo que velar por todos. Por toda la familia. ¿Te acuerdas de que te fuiste? Azucena, hija ...

AZUCENA: Mamá ...

ÁGATA: Chsss, calla. No quiero que se enteren que yo soy tu madre. Yo he sido muy mala, muy mala. Escúchame, te contaré algo: yo ya sabía hace tiempo, y callaba, que mi hija Laura envenenaba el agua para que se muriera su padre.

Silencio. Pausa.

AZUCENA: No era el agua, si no el güisqui. Y no era Laura, si no yo.

ÁGATA: Eres buena. Qué buena eres. (*La intenta acariciar, AZUCENA, la esquiva*) Tú te culpas, porque eres tan inocente.

AZUCENA: Mamá, no soy como tú crees, yo...

ÁGATA: (*La vuelve a interrumpir*) Baja la voz. ¿Sabes lo que dicen? (*Señala el techo*) Pues desde anteayer dicen que nosotros, todos nosotros... (*Se calla,*

porque acaba de entrar el HOMBRE DEL JARDIN, quien atraviesa la escena sin mirarlas y sale a la cocina) ¿Ese hombre quién es?

AZUCENA: *(Observa a su madre atentamente)* Es...

ÁGATA: No me lo digas. No me lo digas. Tengo miedo de saberlo.

AZUCENA: Mamá...

ÁGATA: Yo sé que es uno de ellos. Pero que se viste de hombre para disimular.

AZUCENA: Estás... muy bebida, mamá.

ÁGATA: *(Riendo)* ¿Bebida? Pero si tu padre me cambia el ron por agua. Él se cree que no me doy cuenta. Pero yo me doy. Claro, se nota en el sabor. El agua no sabe a nada, y el ron sabe a... Sabe a... ron.

AZUCENA: *(Dándole dos pastillas de la bandeja)* Tómate esto.

ÁGATA: ¿Para qué es? ¿Ves cómo eres buena?

AZUCENA: Póntelas en la boca. *(ÁGATA lo hace)* Toma. *(Le da el agua)*

ÁGATA: ¿Para qué valen? *(Da un trago del vaso)*

AZUCENA: Te harán descansar.

ÁGATA: *(Escupe pastillas y agua)* Yo no quiero descansar. ¿Es que no me has escuchado? *(Toca el contenido de la bandeja)* ¿Para qué son todas estas pastillas? *(Se cae el cuchillo)*

SEVERO: *(Levantándose, sale del rincón)* ¡Ágata! ¿No has dormido hoy tampoco?

AZUCENA recoge el cuchillo. SEVERO ya está frente a ambas y mira a

AZUCENA y al cuchillo.

ÁGATA: Hoy tampoco. No me han dejado... Además, hace mucho frío. Y está tan dura la cama.

SEVERO: *(Mirando el cuchillo)* Ah, estás tú aquí.

Silencio.

Yo duermo ahí, debajo de la escalera.

AZUCENA: *(Deja el cuchillo en la bandeja)* Otros no podemos ni eso.

SEVERO: Serán los remordimientos.

AZUCENA clava su mirada en su padre.

ÁGATA: Callad, callad. ¿No oís nada? *(Queda a la escucha)*

Pausa.

SEVERO: Hace días que no se oye nada. Yo ya no soporto este silencio.

ÁGATA: Calla. Sí, por encima del techo.

SEVERO: Anda *(la empuja)*, échate un poco, que ya me quedaré yo despierto.

ÁGATA: *(Dulce)* No son ellos, Severo. Calla, calla. Es otra cosa. Esto es...

bonito. Es el llanto de un niño. ¿No lo oyes tú, hija?

AZUCENA: No, yo no oigo nada.

ÁGATA: ¿Será que le llora en el vientre a Laura? Tengo una hija embarazada.

Y seré mejor abuela que madre, como todas las abuelas... Sabemos más, porque hemos visto más cosas, sabemos por viejas. Eso dicen.

SEVERO: Venga, ven.

ÁGATA: Será que vosotros no queréis escucharlo. Nunca habéis querido escuchar nada de lo que yo digo. ¿Por qué habríais ahora de querer escuchar el llanto de un niño? Aunque sea vuestra sangre. *(Con gesto de dolor)* Ahora se verá si todas las sangres son la misma sangre. Ahora se verá eso también. *(Se acerca a la escalera)*

SEVERO: Ágata, ven aquí. Deja descansar a Laura.

AZUCENA: Déjala que haga...

SEVERO: *(Furioso)* Tú, cállate. *(Toma a ÁGATA de un brazo)*

AZUCENA recoge la bandeja y se dispone a subir la escalera. Se cruza con sus padres.

(A ÁGATA) Ven conmigo. *(A AZUCENA, por el contenido de la bandeja)* ¿Vas a comer?

AZUCENA: ¿Te interesa?

ÁGATA: *(Por el llanto del niño)* Ahora se ha callado.

SEVERO: Me interesa, sí. Todavía estoy en mi casa.

El HOMBRE DEL JARDÍN entra por la puerta de la cocina, ellos lo miran, pero él pasa de largo y sale por la puerta de cristal y se sienta, como antes, en el porche.

Silencio.

AZUCENA: Esto es para Laura. La obligo. Y ni así.

SEVERO: ¿Y las pastillas?

AZUCENA: A eso me obliga ella. Me las pide a cambio de la comida.

SEVERO: Dañará al niño.

ÁGATA: *(Ensoñadora)* No, hace un momento lloraba. El niño está bien, si llora. Porque lloraba con ese llanto tan alegre con que lloran los niños.

AZUCENA: ¿Laura, por tomarse unas cuantas pastillas, dañará al niño?

SEVERO retira la mirada. Fuerza a ÁGATA y termina acomodándola debajo de la escalera. AZUCENA sube y se pierde en la planta superior.

SEVERO: ¿Has comido algo?

ÁGATA: No.

SEVERO: ¿Quieres comer? ¿Te traigo yo lo que sea?

ÁGATA: Que no.

SEVERO: Túmbate. (*ÁGATA lo hace*) Y cierra los ojos.

SEVERO sale a la cocina.

ÁGATA: (*Sentándose en el suelo. Su mirada, aterrada, sigue a las sombras que ella solo ve que suben por las paredes y se instalan en el techo. Con voz entrecortada*) Ya estáis aquí otra vez. En cuanto estoy sola venís a asustarme. Y yo ya no me asusto. No es fácil asustar a quien ya no tiene esperanza. (*A una de ellas. Medio riendo*) Sujétate bien, o te vas a caer. Y yo no pienso ayudarte, que te ayuden tus compañeros. (*Ríe*) Si no os estuvierais peleando por tener el mejor sitio no os pasaría eso. Si cualquier sitio es bueno. Y como esta no es vuestra casa..., no sabéis cuáles son los mejores rincones. Es la mía, sí. Esta es mi casa. Y en mi casa, entre nosotros, sobran las manos cuando falta una mano. Y sobran los pañuelos cuando abundan las lágrimas. Entre nosotros pasa eso. En esta casa hay dos hombres y tres mujeres. Si quisiéramos, si nos estorbarais demasiado, podríamos echaros. No, no os enfadéis. Conmigo haced lo que queráis, pero a mi hija Laurita, (*duda*) Laura, sí, y a mi nieto no los toquéis, por favor. Son tan niños. (*Piensa*) En cuanto llegue Enriquito pondrá las cosas en su sitio. Él ya no es un niño. Aunque a mí me guste llamarle Enriquito, y lo bese como se besa a los chiquillos, mi Enriquito es ya todo un hombre.

SEVERO: (*Entrando de la cocina. Mastica algo seco, sin mucha gana*) ¿Qué hablabas?

ÁGATA: De Enriquito. Sólo de Enriquito.

SEVERO: ¿Y qué decías?

ÁGATA: Me animaba a mí misma. No quisiera quedarme con las ganas de verlo. Lo estamos esperando, ¿verdad?

SEVERO: *(Pensativo)* Sí, lo estamos esperando. Pero el tráfico está imposible...

ÁGATA: ¿Hay mucho tráfico?

SEVERO: *(Falso)* Sí, mucho. Más del que pueden soportar las calles.

ÁGATA: Pero él tiene un coche muy rápido. Podría sortear a otros y llegar uno de los primeros. Aunque es preferible que no corra. Mejor que no. Dicen que es peligroso correr.

Del fondo del jardín se ve avanzar hacia la casa a ANDRES, y al HOMBRE DEL JARDÍN que se levanta. ANDRÉS entra en la casa, le sigue con mirada inexpresiva el HOMBRE. Este se queda en pie, a su espalda.

ANDRÉS: *(Llega cambiado, limpio, afeitado. Grita)* ¡Laura! ¡Laura!

SEVERO: *(Se incorpora)* ¿Qué haces aquí?

ANDRÉS mira con indiferencia a SEVERO.

ÁGATA: *(Sin moverse)* Enrique, hijo.

ANDRÉS: ¡Laura!

AZUCENA se asoma en lo alto de la escalera.

ÁGATA: Hijo, Enrique.

AZUCENA: *(Hablando hacia arriba)* Sí, es Andrés.

VOZ DE LAURA: Dile que ahora bajo.

SEVERO: *(A AZUCENA. Luego, mira al HOMBRE DEL JARDÍN)* Él no puede estar aquí.

AZUCENA: No te vayas, Andrés. Ahora mismo baja. *(Se pierde escalera arriba)*

ÁGATA: ¿Por qué no viene a besarme mi hijo Enrique?

SEVERO: *(A ANDRÉS)* Márchate.

ÁGATA: ¿Es que ya no me quiere mi hijo preferido?

SEVERO: Es que este no es tu hijo.

ANDRÉS: *(Yendo hasta ÁGATA)* Claro que la quiere.

ÁGATA: Ah, eres tú, Andrés.

ANDRÉS: ¿Puedo besarla? Podría haber sido su hijo.

ÁGATA: Quiero que me beses.

La besa.

SEVERO: *(Grita)* Ágata.

ÁGATA: *(Abraza a ANDRÉS)* Eres ya mi hijo. Para mí, lo eres.

LAURA baja rápida la escalera. Va seguida de AZUCENA. A LAURA se le nota que se ha hecho un peinado y pintado rápidos.

LAURA: Andrés.

Se abrazan.

AZUCENA se queda en pie en los primeros peldaños de la escalera.

ÁGATA se sienta otra vez en la manta.

EI HOMBRE DEL JARDÍN, como siempre, observa.

SEVERO: *(Intentando separarlos por la fuerza)* Vete, Andrés. Vamos, no te pongas pesado. Sabes que no puedes estar aquí.

ANDRÉS: *(A LAURA)* ¿Cómo estás?

LAURA: ¿Cómo puedo estar? Si no fuera por... *(Mira a AZUCENA)*

ANDRÉS: No podía aguantar más sin verte.

LAURA: Yo sola no hubiera resistido. Azucena lo ha conseguido por mí. Y para nuestro hijo. Por ella vive nuestro hijo. ¿Tú lo querrás?

ANDRÉS: Lo quiero ya.

AZUCENA sube los escalones y desaparece.

SEVERO: *(De nuevo quiere separarlos)* Ya sabes lo que hay, Andrés. Vamos, sé buen chico y márchate a tu casa.

LAURA: *(Suplicante)* ¡Papá!

SEVERO: *(Mira al HOMBRE DEL JARDIN)* Hija, si por mí fuera... *(A ANDRÉS, en su afán por separarlos)* Eres muy testarudo, chico. Y vas a perjudicarnos a todos.

ANDRÉS: *(Que no se despega de LAURA. Por el HOMBRE)* ¿Qué puede perjudicarnos más ya?

El HOMBRE DEL JARDIN da media vuelta, sale por la puerta de cristal y se sienta en el porche.

SEVERO: *(Al verlo. A ANDRÉS, enfadado)* ¿Te das cuenta?

ANDRÉS: *(Alza la voz)* ¡Y qué!

SEVERO: No chilles, chico. Toma el camino de tu casa. Y olvidaremos esto.

ANDRÉS: No me voy. Por ahora, no.

SEVERO: ¿Cómo que no te vas?

ANDRÉS: He venido a ver a Laura.

SEVERO: Pues ya la has visto.

ANDRÉS: No todo lo que quiero.

SEVERO: ¡Andrés!

ANDRÉS: ¿Qué le pasa a usted señor Martín? ¿Qué más puede pasarnos?

SEVERO: *(Escandalizado)* Calla, chico.

ANDRÉS: No soy un chico.

SEVERO: Ah, ¿no?

ANDRÉS: No, en el sentido que usted lo está diciendo.

ÁGATA: Tráeme algo para beber, Severo.

SEVERO: No seas inoportuna, Ágata.

ÁGATA: No soy yo la inoportuna. Es la sed. La sed, para quien la padece, siempre es inoportuna.

LAURA: Papá, es verdad. El que Andrés se quede o se vaya no va a cambiar nada.

SEVERO: ¡Calla, tú, niña!

ANDRÉS: *(Grita)* ¡No le grite a Laura!

AZUCENA aparece en la escalera con la bandeja. Se detiene al oír los gritos.

SEVERO: ¡Yo le grito a mi hija cuando me da la gana!

ANDRÉS: ¡Delante de mí, ya no!

SEVERO: *(Levanta una mano para golpear a ANDRÉS)* Te ...

ANDRÉS: *(Encarándose)* ¡Qué ...!

LAURA: ¡Papá!

SEVERO: *(Dolorido, se lleva las manos al estómago)* Ya lo has conseguido, chico ...

ANDRÉS: ¿He conseguido? ¿El qué he conseguido yo...?

LAURA: *(Se acerca a su padre. Habla a ANDRÉS)* Su úlcera.

ANDRÉS: ¿Su úlcera? ¿Qué úlcera...?

ÁGATA se levanta, atraviesa la escena y se encierra en el baño.

SEVERO: Impertinente...

ANDRÉS: Mucho. Diez días dan mucho de sí cuando se está encerrado. Mi padre es su médico, ¿se había olvidado, Martín?

SEVERO: Y qué.

AZUCENA baja unos escalones y se detiene.

ANDRÉS: Pues que en mi casa también están pasando cosas. Parecidas a las que estén pasando aquí, supongo. Y en diez días hay mucho tiempo para hablar, más del que habíamos tenido nunca. Y mucho tiempo para cerciorarse de que lo que uno ha oído casi de casualidad no es una invención de quien lo ha dicho.

SEVERO: *(Retirando las manos del estómago)* ¿A qué te refieres?

ANDRÉS: ¿No lo sospecha?

SEVERO: ¡Habla claro, estúpido!

ANDRÉS: No me insulte.

Pausa

¿Ya no le duele esa úlcera?

SEVERO: La soporto.

ANDRÉS: Claro, si yo tuviera una úlcera como la suya, también haría que me doliera a mi antojo.

LAURA: ¡Andrés!

ANDRÉS: Tranquila, no tiene ninguna úlcera.

LAURA: *(Desconcertada, busca respuesta en su padre. Pero se adelanta*

ANDRÉS)

ANDRÉS: Oí que mi padre se lo estaba contando a mi madre. Yo no podía creerlo. Y subí a comprobarlo en su despacho. Todo es falso: las radiografías, el diagnóstico... Mi padre nunca ha sido muy caro para dejarse comprar.

AZUCENA baja un escalón.

LAURA: Pero...

SEVERO les da la espalda. Busca con la mirada a ÁGATA y sus ojos tropiezan con la mirada de AZUCENA. SEVERO aparta su mirada.

ANDRÉS: Al parecer, su paladar es de los exigentes. Y desde el principio sospeché que su güisqui no sabía normal. Averiguar el resto y simular ignorancia intuyo que le sería fácil. Luego, con la complicidad de mi padre, se inventó lo de la úlcera.

LAURA: ¿Para qué?

ANDRÉS: Cómo te quiero. Tienes la misma inocencia de nuestro hijo. ¿Para qué va a ser? Para vivir a sus anchas. Mantiene a Azucena contenta, porque así ella cree que está haciendo sufrir a su padre lo mismo que él está haciendo sufrir a vuestra madre, a quien tanto adora. A ti te tiene a sus pies, que siempre has sido su niña, y sufres tú al verle sufrir a él. Y él, el mártir de la casa, con su cruz a cuestas, viviendo de la compasión de los demás.

LAURA: ¿Y mi madre?...

AZUCENA termina de bajar y se detiene detrás de su padre. SEVERO, sintiéndose observado por ella, de repente se tumba bajo la escalera y se tapa la cabeza con la manta.

AZUCENA deja la bandeja sobre la mesa y se dirige al baño. Intenta abrir, pero la puerta está cerrada por dentro.

AZUCENA: *(Golpeando la puerta)* ¡Tú lo sabías, mamá, tú sabías todo! ¡Abre la puerta!

SEVERO se destapa la cabeza y se sienta en el suelo.

ÁGATA: *(Abriendo la puerta)* ¿Qué pasa?

AZUCENA: Tú sabías que papá... *(se interrumpe al ver el gesto inexpresivo de su madre)*

ÁGATA: Yo no sé nada, hija. Sólo sé que te quiero.

AZUCENA: ¿Que me quieres?

Se apoya en la pared. Aturdida. Pensativa.

LAURA: Y con lo unidos que deberíamos estar...

Abraza a ANDRÉS.

SEVERO: Hoy es cuando más unidos estamos.

Se abraza a la manta.

Pausa.

ANDRÉS: (A LAURA) Me voy.

LAURA: ¿Ya?

ANDRÉS: Debería haberme callado.

LAURA: Pero no lo has hecho. Ya está.

ANDRÉS: Azucena ...

AZUCENA: Ahora aún estás a tiempo de callarte.

ANDRÉS: ¿De... callarme?

AZUCENA: O de no seguir hablándome, por ahora.

ANDRÉS: Yo ...

AZUCENA: Ya está hecho.

Pausa.

ANDRÉS: (A Laura) Volveré a por ti. (Le mira el vientre) A por los dos. Nos iremos juntos.

EI HOMBRE DEL JARDÍN se levanta y entra. Se queda mirando a

ANDRÉS y a LAURA.

LAURA: ¿Irnos?

ANDRÉS: Juntos. Los tres. En cualquier dirección. ¿Quieres?

LAURA: Pero... nos perderemos para siempre.

ANDRÉS: Pero nos perderemos juntos. Te quiero.

LAURA: Y yo.

Tras besarla, ANDRÉS sale precipitadamente al jardín en donde se tropieza con BRUBONYE y GRIS, que avanzan en dirección a la casa.

BRUBONYE: Menos prisa, chaval.

Al oír la voz de BRUBONYE, SEVERO se excita nerviosamente y se levanta, luego se arregla el pelo, pero no se atreve a salir, quedándose de pie bajo el hueco de la escalera, en la sombra. ÁGATA clava su mirada en la puerta de cristal, y también AZUCENA reacciona al oír esa voz. Únicamente LAURA, indiferente a la visita, sube la escalera hacia la planta superior de la casa.

Tanto BRUBONYE como GRIS van bien trajeados y limpios. Él lleva un maletín.

El HOMBRE DEL JARDÍN observa cerca de la puerta, por detrás de BRUBONYE.

Este, muy decidido, entra y se planta frente a la mesa en donde comió el HOMBRE.

Al ver a ÁGATA.

¡Qué aspecto tan horroroso! ¡Y qué asco de casa! ¿Y Martín, se ha suicidado ya? *(Ríe estruendosamente. Se quita el abrigo y se sienta)*

AZUCENA: Brubonye, sabe que en esta casa no es bien recibido.

BRUBONYE: Mira, la jovencita, que ya sabe hasta hablar. A ti y a tus hermanos os he cambiado los pañales. No sabíais entonces decir más de bú, bú, bú.

GRIS suelta una risotada.

Esta es Gris. *(A GRIS. Dándole una palmada)* Pon tu culo por ahí.

GRIS se sienta en uno de los sillones.

AZUCENA: *(Con rabia contenida)* Brubonye, por favor...

BRUBONYE: Calla ya, niña. Probablemente tú estés en este mundo gracias a mí. Y vas a tener que agradecérmelo. Tu padre y tu madre se conocieron por mí. Y se hicieron de esta casa... *(ríe, recordando)* ...por ciertos arreglos a los que yo llegué con tu padre. De eso, Ágata, podría contarte unas cuantas cosas. Y a ti te gestaron aquí, entre... *(ríe, como antes)* tu madre y tu... padre. ¿Vas a tener que agradecérmelo o no? *(Mirando a ÁGATA)* Todo, absolutamente... todo lo que tiene tu padre, es gracias a mí.

AZUCENA: *(Va a decir algo, pero la interrumpe ÁGATA)*

ÁGATA: *(Sujetándola de un brazo)* Azucena, hija, ¿cuántos días han pasado desde eso...?

AZUCENA: *(Duda. Después responde)* Diez, creo, diez días.

ÁGATA: Por eso estoy yo tan cansada. Acompáñame, quiero sentarme.

BRUBONYE suelta una carcajada. AZUCENA acompaña a su madre hasta un sillón.

BRUBONYE: Mira, Gris, así acabarás tú si no dejas de beber.

GRIS ríe. Saca un espejito, polvos de maquillaje y comienza a repintarse la cara.

Bueno, ¿dónde está el hombre de la casa? Si es que hay alguno.

AZUCENA lanza una mirada de reproche a su padre. SEVERO, atemorizado, animándose a sí mismo, sale del rincón.

SEVERO: *(Nervioso, falso)* Hola, Brubonye. Qué... Qué alegría verle.

BRUBONYE: Seguro que sí. ¡Hombre, Martín, por fin sales! *(Mirando en la dirección de donde ha salido SEVERO)* ¿Es que habéis abierto una puerta en el hueco de la escalera? *(Ríe)*

SEVERO: No, claro que no..., es que estaba... El otro..., el otro día, nos quedamos esperándole. Yo estaba seguro de que vendría. Que podría salir. De que lo conseguiría. Me dije, aquello que no consiga Sergio Brubonye..., no lo consigue nadie. Y menos en estos tiempos.

BRUBONYE: Sí, sí, anda. Da asco verte, Martín. Adecéntate un poco, que tenemos que hablar.

SEVERO: Pero...

BRUBONYE: En marcha.

SEVERO mira al HOMBRE DEL JARDÍN, este mantiene su mirada, igual que siempre, inexpresiva. Después, SEVERO, no muy convencido, sale al baño.

BRUBONYE se acerca despacio a ÁGATA, la coge de un brazo y la obliga a levantarse.

AZUCENA: *(Levantándose)* Déjela, no se encuentra bien.

BRUBONYE empuja a AZUCENA y esta cae sentada en el sillón. GRIS ríe, guarda sus cosas y se mantiene atenta a lo que suceda con ÁGATA.

BRUBONYE lleva a ÁGATA a un lado, lejos de AZUCENA y GRIS.

BRUBONYE: *(Baja un tanto la voz)* Escúchame bien, Ágata, quiero que me ayudes en esto. Será la última vez, te lo juro. Esta sí que será la última. Pero nos vamos a retirar a gusto, si sale bien. Y va a salir. Pero necesito a Martín, ¿me oyes? Si ves que empieza a ponerme pegas a este negocio, quiero que le

obligues a ayudarme. Lo necesito, aunque me joda admitirlo. Él es un hombre de calle, ya le conoces...

ÁGATA: *(Con la mirada perdida)* ¿Ves, hija?, ya te decía yo que hablaban. A mí me hablan. Y ahora intentan convencerme de cosas, pero yo no les hago caso. ¿Me has oído, hija?

GRIS, divertida, ríe. AZUCENA se levanta, pero no se atreve a acercarse.

BRUBONYE: Pero ¿qué dices? Conmigo no te hagas la tonta.

GRIS ríe.

ÁGATA: Ya se atreven a bajar del techo. Me susurran cosas al oído. Pero yo no debo escuchar, porque puedo volverme loca. Y yo no quiero que vosotros sufráis por culpa mía. No quiero que nadie sufra por mi culpa. Dime que no estoy loca, Azucena; dímelo, hija. Dime que no son imaginaciones mías.

AZUCENA: *(Yendo hasta ellos)* Ya le he dicho que mi madre no se encontraba bien. Deje de atosigarla.

BRUBONYE vuelve a empujar a un lado a AZUCENA. Esta, crispada, se contiene.

BRUBONYE: *(Zarandea a ÁGATA. GRIS ríe)* ¿Qué te pasa, estás borracha? ¿Eh? ¿Es eso? Si quieres, si me ayudas, yo luego te daré ron.

ÁGATA: ¿Borracha? Aquí no hay borrachos. *(Ríe tontamente)* ¿Y para qué me ofrecéis ron? ¡Pero si lo cambia Severo por agua! Él cree que yo no me doy cuenta, pero me doy. Y malgasta el ron, y malgasta el agua.

GRIS ríe.

BRUBONYE: Yo te daré ron puro. Tengo más botellas de las que te puedas beber.

ÁGATA: Sí, pero llegará Severo y tirará el ron y llenará las botellas con agua.
Y me dará a beber.

GRIS ríe.

BRUBONYE: O sea, que me entiendes.

GRIS ríe ya a carcajadas.

ÁGATA: Y vosotros creeréis que yo estoy bebiendo ron cuando en realidad sólo será agua.

AZUCENA: Suéltela.

BRUBONYE: (A AZUCENA) ¡Quita! (A ÁGATA) ¡No te hagas la local! ¿Oyes?
(La empuja. GRIS ríe)

ÁGATA: No pienso escuchar.

Entra SEVERO afeitado y colocándose una corbata.

SEVERO: ¿Qué pasa?

BRUBONYE: Tienes idiotizada a tu mujer. Eso pasa.

SEVERO: Lo que pasa es que no está muy bien.

*AZUCENA acompaña a ÁGATA a un sillón. Después, no quitará la vista
de BRUBONYE.*

BRUBONYE: (Señala a ÁGATA) Como me salga mal esto...

SEVERO: Tranquílcese, Brubonye. Estos días los nervios...

BRUBONYE: (Se dirige a la mesa. A SEVERO) Sácate algo para beber.

SEVERO: Pues... no queda nada. Nada.

BRUBONYE: (Sentándose) ¿Ni ron?

SEVERO agacha la cabeza.

BRUBONYE: (Ríe mirando a ÁGATA) ¿Ya ha acabado con todas las existencias?

SEVERO: Más o... menos.

BRUBONYE: Bueno, ¿ni agua?

SEVERO: Sí, agua sí. *(A AZUCENA)* Trae agua.

AZUCENA: No.

GRIS ríe.

SEVERO: Bueno, los nervios, los nervios... Iré yo mismo.

Sale SEVERO a la cocina. BRUBONYE y AZUCENA mantienen una tensa mirada hasta que entra SEVERO con un vaso muy sucio lleno de agua.

Coloca el vaso frente a BRUBONYE.

BRUBONYE: *(Por el agua)* Es para ti.

SEVERO: ¿Para mí?

BRUBONYE: Sí, para ti. Te hará bien. Siéntate y bébetela.

SEVERO: Pero si yo no tengo sed.

BRUBONYE: Sin sed. El agua se bebe sin sed.

SEVERO: Como quiera.

SEVERO, bebiendo, vacía el vaso. BRUBONYE sonrío satisfecho.

AZUCENA, incómoda, cambia de postura en su asiento.

SEVERO: ¿De qué se trata?

BRUBONYE: *(Tras pensarlo)* Oro.

SEVERO mira uno por uno a todos los presentes a excepción del HOMBRE DEL JARDÍN. GRIS le ríe; AZUCENA lo mira con gravedad;

ÁGATA no responde a su mirada.

SEVERO: Pero... ahora mismo, en la situación que estamos atravesando...

BRUBONYE: Precisamente. Hay que sacarle su beneficio.

SEVERO: No..., no le comprendo, Sergio. Estamos esperando, desde hace unos días, que nos pongan en fila con las palmas de las manos hacia arriba para... para ver si las llevamos sucias o limpias y... ¿usted se dedica a pensar en negocios...?

BRUBONYE: Pues claro. Soy un hombre de negocios.

SEVERO: *(Mirando al HOMBRE DEL JARDÍN, que no ha perdido detalle)* No comprendo a dónde quiere llegar a parar...

BRUBONYE se vuelve y ve a su espalda al HOMBRE.

BRUBONYE: *(A SEVERO)* Te pone nervioso. Es eso.

SEVERO: *(Asiente con la cabeza)*

BRUBONYE: *(Levantándose)* No hay problema. *(Empuja al HOMBRE hacia la puerta)* ¡Fuera! ¡Fuera!

SEVERO: Sergio, no es necesario que...

BRUBONYE abre la puerta de cristal y a empujones saca de la casa al HOMBRE DEL JARDÍN. Este, una vez fuera con la puerta cerrada, se apoyará en esta de frente al interior de la casa. Su nariz y sus manos estarán pegados a los cristales durante toda la escena.

GRIS, durante el transcurso de esta acción, ha reído de buena gana.

AZUCENA, aun sin decir nada, se ha removido en su sillón; y ÁGATA ha estado imperturbable.

SEVERO se ha levantado con intención de sujetar a BRUBONYE, pero se ha arrepentido y se ha vuelto a sentar.

SEVERO: *(Muy nervioso. Cuando BRUBONYE ya se ha sentado)* Eso no hacía falta, Sergio. No hacía falta. Sea lo que sea, no pienso colaborar. Ya lo he dicho. Ya lo sabe.

BRUBONYE: *(Tras un silencio, da un puñetazo tremendo sobre la mesa)* ¡Eres un idiota! ¡Un estúpido cobarde de mierda! Nunca cambiarás. *(Deposita con brutalidad el maletín sobre la mesa)* Este maletín está lleno de billetes. Y contiene cinco talonarios de recibos y un listado de familias que ya están dispuestas a colaborar.

SEVERO: *(Sorprendido)* ¿Colaborar?

BRUBONYE: Sí, colaborar. Mientras tú has estado aquí, enterrándote en mierda, entre esa mujer *(por GRIS)* y yo nos hemos estado recorriendo la ciudad. Haciendo el trabajo que tú deberías haber hecho. He hecho tu labor. ¿Qué opinas?

SEVERO: ¿Y cómo consiguió salir de su casa? *(Mira hacia la cristalera, en dirección al HOMBRE)*

BRUBONYE: *(Mira también al HOMBRE)* Abriendo la puerta y cerrando al salir.

BRUBONYE comienza a reír. Le sigue GRIS.

SEVERO: *(Aterrorizado)* No... Yo... No... Conmigo no cuente. Esta vez, no...

BRUBONYE: *(Aguantando a duras penas su cólera)* Escucha, Martín: esta gente come. *(Señala al HOMBRE DEL JARDÍN)* ¿Come o no come?

SEVERO: Ya, ya lo creo.

BRUBONYE: Se han metido en nuestras casas. Ocupan un asiento a la mesa, se mueven por nuestra casa como si ellos fueran los auténticos moradores. ¿Estamos?

SEVERO: Sí, sí. Ya lo creo.

BRUBONYE: Pues que paguen el alojamiento.

SEVERO: Pero si son...

BRUBONYE: *(Lo corta)* Sean lo que sean, Martín. Que paguen. Y pagarán con nuestro dinero. Con el dinero que nosotros mismos vamos a darles.

SEVERO: No comprendo lo que quiere decir. Pero de todas formas..., quiero decir...

BRUBONYE: Si no lo comprendes, cállate. Pero si es sencillísimo. Mira, todos llevan algo colgando. Anillos, pendientes, cadenas, broches..., y todo es de oro. ¡Oro, Martín! Las familias que tengo en el listado ya están informadas, y de acuerdo conmigo. Si esta gente quiere seguir en nuestras casas, tendrán que pagarse la estancia. Como no tienen dinero en efectivo, las familias tomarán su oro a cambio y nosotros les pagaremos ese oro a bajo precio. Todo está parado, ¿no?, las... circunstancias. Nada se mueve. Y se está acabando el efectivo. El mercado negro está empezando a funcionar con una fuerza imparable. Lo poco que nos aporta el gobierno sólo llena nuestros estómagos. Pero, ¿quién llenará nuestros bolsillos si no nosotros mismos?

SEVERO: Pero, ¿qué está diciendo? Si esto es un punto y final... ¿Para qué querrá el oro?

BRUBONYE: En ese caso, ¿y el dinero? ¿Para qué nos servirá entonces?

SEVERO duda.

Y, además, nunca se sabe. Porque, ¿y si ese punto y final tarda? Imagínate, con lo que lleva esa gente, podremos llenar sacos de oro. Y si por un casual, sólo por un casual, eso que ya esperan algunos hasta con ansia, se retrasa, nosotros estaremos preparados. El oro abre todas las puertas, Martín. ¿Quién no te dice a ti que podría abrirnos hasta las puertas de la gloria? Eso si existe. Yo prefiero esta otra gloria. *(Golpea el maletín)*

Ríe a carcajadas. GRIS se contagia. SEVERO, nervioso y preocupado, se tapa la cara con las manos.

Deja de reír, sueña.

Ah, pero si eso no llegara nunca, Martín, cuando a los gobiernos se les acabara el pan, apareceríamos nosotros que podríamos comprar medio mundo con nuestro oro. Es un oro que no consta ya en ningún registro. ¿Quién lo iba a echar en falta? ¿Los muertos? *(Ríe)*

Pausa.

SEVERO: Pero, Sergio...

BRUBONYE: Confío ciegamente en este negocio. Estos son los ahorros de toda mi vida. Tú serás el recaudador. Llevarás quilos de oro de un lado a otro, Martín. Siempre podrá ir a parar algo a tus bolsillos..., ámate. Yo, mientras, iré preparando la cartera de clientes. *(Ríe. GRIS, también)*

SEVERO se levanta pensativo.

SEVERO: No, definitivamente.

BRUBONYE: *(Grita, enrojecido)* ¿Desde cuándo me dices tú a mí que no a algo?

SEVERO: No se lo digo a usted, me lo estoy diciendo a mí. Yo...

BRUBONYE: ¿Por qué?

SEVERO: Mi conciencia...

BRUBONYE: *(Colérico)* ¿Qué conciencia? *(Se levanta. Coge por el cuello de la camisa a SEVERO)* ¿Qué... conciencia? ¿Qué estás diciendo? ¿Es que se te ha despertado? ¿Desde cuándo has tenido tú un pensamiento hacia los demás si este no te reportaba un beneficio?

SEVERO: *(Ahogándose)* Pues, pues, todo... llega.

BRUBONYE: (*Gritando. Congestionado*) ¡Pero llega cuando yo lo autorizo!

¡Harás lo que yo te diga!

SEVERO: No me puede obligar...

BRUBONYE: (*Aparta a SEVERO de un tremendo empujón*) Pero ella sí.

(*Señala a ÁGATA*)

ÁGATA, inmutable, mira al vacío. BRUBONYE se coloca por detrás de su sillón. Le acaricia sensualmente los hombros.

Te toca, Ágata.

Silencio.

¡Habla!

GRIS ríe.

(*A GRIS*) Cállate.

GRIS se tapa la boca, pero sigue riendo.

(*A ÁGATA*) ¡Habla, borracha!

Silencio.

(*Mete sus manos por el escote de ÁGATA. Manosea sus pechos*) ¿Hablas, o prefieres que cuente cómo os hicisteis del dinero de esta casa... por ejemplo?

SEVERO: (*Da un paso*) Brubonye, no creo que sea necesario...

BRUBONYE: (*A SEVERO*) Cobarde...

SEVERO está temblando, con los puños muy apretados.

ÁGATA: (*Con la mirada ida*) Quiere el pecho. Sí, antes ya lloraba porque tenía hambre. Está pidiendo el pecho. Me está buscando el pecho. Y él no sabe que las abuelas no debemos amamantar a los nietos. Azucena, hija, mi nieto tiene hambre. Dile a su madre que su hijo tiene hambre.

BRUBONYE: ¿Pero... qué...? Puta borracha.

AZUCENA: *(Coge el cuchillo de la bandeja. Se levanta. Grita)* ¡Ya basta! ¡Deje a mi madre!

GRIS ríe. BRUBONYE se dirige hacia AZUCENA.

(Amenazándole con el cuchillo) A mí no se me acerque.

LAURA: *(Bajando la escalera)* ¡Azucena! ¡Azucena! ¡He visto a Andrés venir corriendo hacia aquí! Hay gente en la calle y...

Se interrumpe porque ve a AZUCENA con el cuchillo en la mano.

BRUBONYE cambia de dirección y va hacia LAURA.

BRUBONYE: Ah, si es la pequeña. ¿Y es la embarazada? Oh, ¿y esta pequeña es la que ha de dar el pecho al nietecito de su abuela? Pero si no tiene pechitos... Es tan pequeña la niña que no puede tener leche en sus pechitos para alimentar a una criatura...

BRUBONYE, diciendo esto, acorrala a LAURA contra la escalera y toca sus pechos.

LAURA: ¡Suelte! ¡Déjeme!

AZUCENA da un grito y se lanza hacia BRUBONYE, que le da la espalda. Cuando este se vuelve AZUCENA le clava el cuchillo en la barriga.

SEVERO: ¡Pínchalo! ¡Pínchalo! ¡Pínchalo!

AZUCENA saca el cuchillo de la barriga de BRUBONYE y por la punta lo ofrece a su padre.

AZUCENA: Pínchalo tú, si quieres.

SEVERO desvía la mirada. AZUCENA deja caer el cuchillo.

BRUBONYE cae al suelo. La sangre forma un charco. GRIS, riéndose, se levanta. Mira sangrar a BRUBONYE. Mira también el maletín, pero SEVERO se

apodera de este y lo abraza. GRIS sale riéndose. Entra el HOMBRE DEL JARDÍN y se acerca a mirar a BRUBONYE. Entra ANDRÉS.

ANDRÉS: ¿Habéis oído algo?

LAURA: Qué.

ANDRÉS: *(Por BRUBONYE)* ¿Quién es? ¿Qué le ha pasado?

LAURA: *(Mirando a SEVERO)* Pues...

SEVERO: *(Abrazando fuertemente el maletín)* Era mi... jefe. Mi... socio. Era mi socio, sí.

ANDRÉS: Está sangrando.

ÁGATA: Decían que no. Pero yo sabía que habría sangre. Ahora se verá si todas las sangres son la misma sangre. Ahora se sabrá.

ANDRÉS: *(Mirando el cuchillo)* ¿Usted, Martín...?

SEVERO: ¿Yo? No, no, no, no. Yo, no. Ha sido un... accidente. Exactamente, eso: un accidente; entre él y... Azucena.

LAURA: ¡No! Ha sido conmigo.

ANDRÉS mira a AZUCENA.

AZUCENA: He sido yo. Y no precisamente a causa de un accidente.

ANDRÉS: Hay que taponarle la herida. Iría bien que fueras a buscar a mi padre. Yo es que no me hablo con él.

AZUCENA: Yo lo haré.

ANDRÉS: Pero...

LAURA: ¿Qué pasa en la calle?

ANDRÉS: Pues... no sé. No sé muy bien. Hay quien dice que si todo ha sido un simulacro. Una falsa alarma, o algo así. Que no va a pasar nada. Por... ahora.

Menos ÁGATA y AZUCENA, todos están atentos al HOMBRE DEL JARDÍN. Este sale hacia la cocina. LAURA va tras él y entreabre la puerta observándolo.

¿Qué hace?

LAURA: Nada. Beber agua.

LAURA se aparta de la puerta de la cocina. Al momento entra el HOMBRE, se dirige hacia la puerta de la casa. Antes de salir, se vuelve hacia ellos.

EL HOMBRE DEL JARDÍN: Mucho gusto, señores. Ya saben, hasta el día del juicio.

El HOMBRE DEL JARDÍN desaparece por el fondo. SEVERO, abrazando el maletín, respira profundamente y cae sentado en una silla.

ANDRÉS: (A LAURA) Ven, vamos a ver.

Salen los dos. AZUCENA reacciona y sale tras ellos, se queda en el porche, mirando hacia la calle.

ÁGATA: (Con la mirada perdida) Azucena, hija, tengo mucha sed.

SEVERO sueña con el contenido del maletín.

¿Estás ahí, hija mía? ¿Me has oído?

SEVERO sale un momento al baño y entra con una botella de ron. Se la pone en las piernas a ÁGATA. La destapa.

SEVERO: Toma. Este no lleva agua.

ÁGATA: Seguro que no lleva... ron.

ÁGATA bebe prolongadamente. SEVERO se acerca a BRUBONYE, le da una pequeña patada y como no se mueve le larga otra más fuerte. Luego, se aleja.

Entra AZUCENA y va directamente a la cocina. Vuelve a entrar con una escoba en la mano y comienza a barrer el suelo arrastrando trapos y cuanto encuentra en dirección al cuerpo sangrante de BRUBONYE. SEVERO se encamina con el maletín hacia la puerta.

No tardes, Severo, ya sabes que Enriquito viene de camino.

SEVERO: *(Acaricia el maletín)* Ya veremos.

SEVERO sale por el jardín a la calle y desaparece. AZUCENA sigue barriendo empeñada en cubrir el cuerpo de BRUBONYE. ÁGATA bebe. Poco a poco se oye un griterío que viene de la calle.

Cae lentamente el

TELÓN.